

[LIBRO SEGUNDO.]

541-542 ADVERTENCIA SOBRE EL SIGUIENTE LIBELO.

Hilario, según el testimonio de Jerónimo, entregó personalmente un libelo a Constancio mientras se encontraba en Constantinopla. Siguiendo a los legados del sínodo de Seleucia, como dice Sulpicio Severo, cuando percibió el peligro extremo para la fe, solicitó audiencia al rey para discutir sobre la fe en su presencia. Que esto se ajuste principalmente a este libelo es evidente por el título que se le ha dado en todos los manuscritos. Fue presentado en medio de una disputa famosa, mientras algunos sostenían que el nombre de sustancia debía ser retenido y otros que debía ser rechazado; bajo un sínodo disidente, es decir, el de Constantinopla, que se dividía en varias partes no menos por la fe que por disputas privadas: por lo tanto, a principios del año 360, cuando se celebró este sínodo. Dado que esto es así, tanto por el diácono Ferrando en su carta a Pelagio y Anatolio, número 2, como en el ejemplar más antiguo de la Basílica Vaticana, no se titula por eso "libro a Constancio segundo", porque esté relacionado con el anterior, sino porque es posterior en el tiempo. Dejamos a otros la sospecha de la increíble vigilancia, fortaleza, prudencia y fe del santísimo prelado, quien, aunque exiliado, no temió oponerse a los herejes armados con el poder del emperador en la misma ciudad real, e incluso logró infundirles temor. No se opuso a los herejes con un intento vano, ya que, aunque no logró lo que pedía en este libelo, ciertamente los convenció de su debilidad. Así, también con esta manifestación de su ánimo, se ganó la confianza de todos, de modo que cuando poco después iba a escribir cosas más duras contra Constancio, se le creyó cuando decía que no era impulsado a ello por impaciencia ni por afectos humanos. Aunque a Erasmo este libro le pareció breve, no hay en él absolutamente nada que desear. Pues lo laborioso y exacto que él nota que promete pero no cumple, no pertenece a este libelo, sino a la discusión pública sobre la fe, cuyo poder se solicita en este libelo.

Sinopsis.---En su inicio, Hilario, confesándose exiliado, pide que se lleve a Saturnino presente hasta la confesión de las falsedades que cometió en esa causa. Luego, olvidando lo que es suyo, expone al emperador, deseoso de conocer la fe, cómo la corrupción de la fe evangélica ha ocurrido por frecuentes cambios: y así aconseja volver a la fe del bautismo. Luego alaba el empeño del emperador, deseando la fe solo según lo que está escrito. Sin embargo, advierte que no hay hereje que no confirme sus invenciones con las Escrituras. Finalmente, prometiendo que no dirá nada que no esté en las Escrituras, nada que no contribuya a la paz de Oriente y Occidente, nada que no sea con honor al reino y a la fe real, ofrece una especie de prenda de su futuro discurso.

543-544 LIBRO SEGUNDO DE SAN HILARIO A CONSTANCIO AUGUSTO; QUE ÉL MISMO LE ENTREGÓ EN CONSTANTINOPLA. (C)

1. Hilario en presencia del rey.---No ignoro, piísimo emperador, que lo que se presenta sobre algunos asuntos a la audiencia de la conciencia pública, suele considerarse grave o leve según la dignidad de quienes lo expresan: mientras que, con opiniones divergentes, el desprecio o el favor del hombre promueve una sentencia ambigua hacia el estudio de la inteligencia. Pero a mí, que voy a hablar contigo sobre un asunto divino, no me atemoriza la costumbre vulgar: porque, siendo tú bueno y religioso, no hay defecto de juicio entre los prudentes de las religiones, que juzgue qué escucha de quién, sino si lo que escucha es religioso. Y dado que Dios me ha concedido la oportunidad de tu presencia, tampoco ha cesado el deber de mi conciencia: para que en el discurso sobre religión que tengo contigo, no te ofenda alguna indignidad del que habla.

2. Comunica con las Iglesias de las Galias. Exiliado por facción. Seguro de su inocencia.--- Soy obispo en comunión con todas las iglesias y obispos de las Galias, aunque permanezco en el exilio, y aún distribuyo la comunión de la Iglesia a través de mis presbíteros. Estoy exiliado no por crimen, sino por facción; y fui llevado al exilio por falsos informes del sínodo a ti, piadoso emperador, a través de hombres impíos, no por alguna conciencia de mis crímenes. Y no tengo un testigo leve de mi queja, mi señor, tu religioso César Juliano: quien sufrió más injuria de los malos en mi exilio que yo mismo. Pues están a la vista las cartas de vuestra piedad: y todo lo falso de aquellos que procuraron mi exilio no está en la oscuridad. También el mismo (Saturnino, ver libro de los Sínodos, n. 2) o ministro, o autor de todos los hechos, está dentro de esta ciudad. Confiando en la condición de mi conciencia, te revelaré, Augusto, que fuiste engañado, y a tu César burlado, de tal manera que si se demuestra que he hecho algo indigno no solo de la santidad de un obispo, sino incluso de la integridad de un laico, no esperaré ya el sacerdocio por perdón, sino que envejeceré en la penitencia de un laico.

3. Pide ser escuchado con el autor de su exilio presente. Causas de este libelo.---Estas cosas ahora, dignísimo emperador, las dejo a tu arbitrio, en cuanto a cómo y cuándo me ordenas hablar, y prosigo con lo que más debe tratarse contigo en este momento. Me darás en el presente la instrucción para la causa, para que lleve al presente a aquel por cuyo ministerio estoy exiliado, hasta la confesión de las falsedades que cometió. Pero no hablaré de él, a menos que lo ordenes. Ahora, sin embargo, porque temo por el peligro del mundo, por la culpa de mi silencio, por el juicio de Dios, y me preocupa la esperanza, la vida, la inmortalidad no tanto mía, como tuya y de todos. Y como esto es común a muchos, esta es la expectativa común de esperanza de mi parte.

4. Constancio desea escuchar la fe de los obispos y no la escucha. Fe jurada en el bautismo. Fe nueva y por eso ninguna.---Reconoce la fe que desde hace tiempo, óptimo y religiosísimo emperador, deseas escuchar de los obispos, y no escuchas. Pues mientras aquellos de quienes se requiere escriben lo suyo, y no predicán lo que es de Dios, han llevado al mundo a un error eterno y a una contienda siempre recurrente. Pues hubiera sido necesario, por la modestia de la debilidad humana, que todo el sacramento del conocimiento divino se contuviera solo en los límites de su conciencia en los que creyó, y no después de haber confesado y jurado la fe en el bautismo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, dudar o innovar en algo más. Pero la presunción, la facilidad o el error de algunos, en parte confesó fraudulentamente, en parte audazmente se apartó de la inmutable constitución de la doctrina apostólica: mientras en la confesión del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo elude la verdad de la significación natural, para que no permanezca en el sentido lo que debe confesarse en el sacramento de la regeneración. Por esto, en la conciencia de algunos, ni el Padre es padre, ni el Hijo es hijo, ni el Espíritu Santo es espíritu santo. Bajo la ocasión de esta necesidad, como improbable, desde entonces ha crecido el uso de escribir e innovar la fe. Que después de que comenzó a establecer cosas nuevas en lugar de retener lo recibido, ni defendió lo antiguo, ni afirmó lo nuevo: y la fe se convirtió más en la de los tiempos que en la de los Evangelios, mientras se describe según los años, y no se mantiene según la confesión del bautismo. Es muy peligroso y también lamentable para nosotros que ahora existan tantas fes como voluntades; y que tengamos tantas doctrinas como costumbres; y que broten tantas causas de blasfemias como vicios hay: mientras o se escriben las fes como queremos, o se entienden como no queremos. Y aunque, según un solo Dios y un solo Señor y un solo bautismo, también hay una sola fe, nos apartamos de esa fe que es la única: y mientras se multiplican, han comenzado a ser de tal manera que no hay ninguna.

5. De dónde se escriben tantas fes. Fe cambiada cuatro veces.---Somos conscientes entre nosotros de que, después del sínodo del concilio de Nicea, no se ha escrito otra cosa que la fe. Mientras hay lucha en las palabras, mientras hay cuestión sobre las novedades, mientras hay ocasión sobre las ambigüedades, mientras hay queja sobre los autores, mientras hay contienda sobre los estudios, mientras hay dificultad en el consenso, mientras uno ha comenzado a ser anatema para el otro: ya casi nadie es de Cristo. Vagueamos por el incierto viento de las doctrinas: y o perturbamos mientras enseñamos, o erramos mientras somos enseñados. Ahora bien, ¿qué tiene ya de cambio la fe del año pasado? Primero, que decreta que se calle el homoousion: luego, que decreta y predica el homoousion: tercero, que excusa indulgentemente la ousia simplemente asumida por los padres: finalmente, cuarto, que no excusa, sino que condena. ¿Y a dónde se ha llegado finalmente? Para que ni entre nosotros, ni entre nadie antes de nosotros, algo santo e inviolable permanezca desde entonces. Pero sobre la semejanza del Hijo de Dios al Padre, si es la fe de nuestro tiempo miserable, que no sea o del todo, o solo en parte semejante; ciertamente, árbitros ilustres de los sacramentos celestiales, investigadores de los misterios invisibles, calumniamos las profesiones sobre la fe de Dios. Decretamos fes anuales y mensuales sobre Dios, nos arrepentimos de los decretos, defendemos a los arrepentidos, anatematizamos a los defendidos; o condenamos lo ajeno en lo nuestro, o lo nuestro en lo ajeno; y mordiéndonos unos a otros, ya hemos sido consumidos unos por otros (Gál. V, 15).

6. La fe evangélica se corrompe.---Se busca la fe: como si no hubiera fe. Se debe escribir la fe (Ver libro de los Sínodos, n. 63): como si no estuviera en el corazón. Regenerados por la fe, ahora se nos enseña sobre la fe, como si aquella regeneración fuera sin fe. Aprendemos a Cristo después del bautismo: como si pudiera haber algún bautismo sin la fe de Cristo. Corregimos, como si pecar contra el Espíritu Santo fuera perdonable. Pero la causa perpetua de la misma impiedad es principalmente esta, que proclamando siete veces la fe apostólica, sin embargo, no queremos confesar la fe evangélica: mientras defendemos nuestras impiedades entre los pueblos con muchas palabras, y con la vanidad de la grandilocuencia engañamos los oídos de los simples con palabras engañosas; mientras evitamos creer sobre el Señor Cristo lo que enseñó que se debe creer de Él, y bajo el nombre especioso de paz nos infiltramos en la unidad de la perfidia, y bajo el rechazo de las novedades, nuevamente nos rebelamos contra Dios con nuevas voces, y bajo el título de las Escrituras mentimos sobre lo que no está escrito: vagos, pródigos, impíos, mientras cambiamos lo que permanece, perdemos lo recibido, y presumimos lo irreligioso.

7. Se debe volver a la fe confesada en el bautismo.---Lo que en invierno en el mar tempestuoso es más seguro para los navegantes, que cuando el naufragio se desata, regresen al puerto del que zarparon; o lo que conviene a los jóvenes imprudentes, que cuando en la defensa de su casa, habiendo transgredido las costumbres de la observancia paterna, han usado su libertad de manera profusa, ya bajo el mismo temor de perder el patrimonio, el único recurso necesario y seguro para ellos es regresar a la costumbre paterna: así, entre estos naufragios de la fe, con la herencia celestial ya casi perdida, lo más seguro para nosotros es retener la primera y única fe evangélica confesada en el bautismo y entendida, y no cambiar lo que solo he recibido y oído bien creer: no para que lo que está contenido en el sínodo de nuestros padres sea condenado como irreligioso e impío, sino porque por la temeridad humana se usa para la contradicción, lo que bajo el nombre de novedad se negaría el Evangelio, para que peligrosamente se innove como si fuera bajo una enmienda. Lo que se ha enmendado, siempre progresa, de modo que mientras toda enmienda desagrada, toda enmienda sigue condenando la enmienda: como si ya, cualquiera que sea, no fuera alguna enmienda de la enmienda, sino que comenzara a ser condenación.

8. Hilario pide audiencia, mostrando la fe en las Escrituras.---En cuanto yo ahora admiro verdaderamente tu voluntad bendita y religiosa, señor Constancio Emperador, deseando la fe solo según lo que está escrito: y con razón, claramente, apresurándote a las mismas palabras del unigénito de Dios, para que el pecho capaz de la preocupación imperial también esté lleno de la conciencia de las palabras divinas. Quien rechaza esto, es anticristo, y quien lo simula, es anatema. Pero una cosa pido a través de esta sincera audiencia de tu dignación, que, presente el sínodo (de Constantinopla), que ahora litiga sobre la fe, me dignes escuchar algunas cosas de las Escrituras evangélicas, y hablaré contigo con las palabras de mi Señor Jesucristo, de quien soy exiliado o sacerdote. Pues los vasos de barro no tienen tesoros innobles: y los cuerpos más débiles son más reverendos: y entre nosotros ahora Dios ha hablado a través de pescadores indoctos. Dios mira al humilde y al que tiembla ante sus palabras, según el profeta (Isaías LXVI, 2). Emperador, buscas la fe: escúchala, no de nuevos papeles, sino de los libros de Dios. Sabe que también puede ser otorgada en Occidente, de donde vendrán al reino de Dios para recostarse con Abraham, Isaac y Jacob (Mateo VIII, 11). Recuerda que no es una cuestión de filosofía, sino una doctrina del Evangelio. No pido tanto audiencia para mí, sino para ti y para las iglesias de Dios. Pues yo tengo la fe en mí, no necesito lo exterior: lo que he recibido lo tengo, no cambio lo que es de Dios.

9. Los herejes traen las Escrituras a su favor.---Pero recuerda, sin embargo, que no hay hereje que no mienta diciendo que predica según las Escrituras lo que blasfema. De aquí que Marcelo, cuando lee la Palabra de Dios, no la conoce. De aquí que Fotino, cuando habla del hombre Jesús Cristo, lo ignora. De aquí también que Sabelio, al no entender que yo y el Padre somos uno (Juan X, 30), está sin Dios Padre y sin Dios Hijo. De aquí también que Montano, a través de sus mujeres insanas, defiende otro paracleto. De aquí también que Maniqueo y Marción odian la ley: porque la letra mata (II Cor. III, 6), y el príncipe del mundo es el diablo. Todos hablan las Escrituras sin el sentido de la Escritura, y pretenden la fe sin fe. Pues las Escrituras no están en la lectura, sino en la comprensión; ni están en la transgresión, sino en la caridad.

10. Modo del discurso cuya copia se solicita.---Escucha, te ruego, lo que está escrito sobre Cristo: para que no se prediquen bajo ellas cosas que no están escritas. Somete tus oídos a lo que voy a hablar de los libros: eleva tu fe a Dios. Escucha lo que aprovecha para la fe, para la unidad, para la eternidad. Hablaré contigo con honor al reino y a tu fe, todo lo que contribuya a la paz de Oriente y Occidente, bajo la conciencia pública, bajo el sínodo disidente, bajo la disputa famosa.

11. Prenda del futuro discurso.---Ofrezco mientras tanto una prenda de mi futuro discurso contigo. No defenderé nada que cause escándalo, ni que esté fuera del Evangelio: sino que entenderás de mí en el sacramento del único Dios verdadero, y a quien envió Jesucristo (Juan XVII, 3), que se predica un solo Dios Padre de quien son todas las cosas, y un solo Señor Jesucristo por quien son todas las cosas (I Cor. VIII, 6), nacido de Dios, que es antes de los tiempos eternos (II Tim. I, 9), y estaba en el principio con Dios, Dios Verbo (Juan I, 1): que es la imagen del Dios invisible (Col. I, 15), en quien habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente (Col. II, 9) que siendo en forma de Dios, humillándose por nuestra salvación, tomó la forma de siervo por concepción del Espíritu Santo de una virgen, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filip. II, 6): y después de la resurrección de la muerte, sentado en los cielos (Efes. I, 20), vendrá como juez de vivos y muertos (Hechos X, 42), y rey de todos los siglos eternos. Pues es el unigénito Dios (Juan I, 18), y Dios verdadero, y Dios grande, y sobre todo Dios (Rom. IX, 5): y toda lengua confesará que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre (Filip. II, 11). Esto he creído en el Espíritu Santo, de tal manera que más allá de esta fe sobre el Señor Jesucristo no puedo ser enseñado: no quitando

por esto la religión de la fe de los padres, sino según el símbolo de mi regeneración, y el conocimiento de la doctrina evangélica, no disonando de ella según estas cosas.